



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com



EL RENACER DEL
MONSTRUO

Sergio
Polo Sánchez



EL RENACER DEL
MONSTRUO


Editorial Círculo Rojo
www.editorialcircularojo.com



Primera edición: octubre 2014

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección *Novela*

© Letras Con Relieve, S.L.

Edición: Editorial Círculo Rojo

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Ilustración y diseño de cubierta: Abel Fdez.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9076-928-7

DEPÓSITO LEGAL: AL 1101-2014

“Esta obra es una ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia”.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

*A Cinta, mi mujer, por haber
creído en este sueño desde el principio.*

*El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer.
Y en ese claroscuro surgen los monstruos.*

Antonio Gramsci

CAPÍTULO 1

DEL DOMINGO 21 AL LUNES 22
DE MARZO DE 2021

Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe hacia dónde se va.

Séneca

Álvaro Soria del Castillo, coronel del Ejército de Tierra y ayudante del Jefe del Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), advirtió cómo el coche aminoraba la marcha. Miró por la ventana. Era de noche, la lluvia caía torrencialmente y empapaba el cristal, pero a pesar de ello pudo adivinar el majestuoso edificio de la cancillería que se levantaba al otro lado del río Spree. Viajaba en el primer monovolumen, junto al rey de España, el presidente del Gobierno en funciones don Carlos González Moltó, el ministro de Exteriores don Antonio Lamata Arregui, el ministro de Defensa, don Adolfo Castero Villa y su jefe directo, el general del Ejército de Tierra y Jefe del Estado Mayor de la Defensa, don José Luis Arizmendi García. Desde que se bajaron del avión que les había traído de Madrid un silencio tenso se había apoderado del grupo, se respiraba nerviosismo ante lo que previsiblemente estaba a punto de suceder. De pronto el coche se detuvo y las dos puertas traseras se abrieron al unísono desde afuera. Varios asistentes, trajeados con paraguas, les estaban esperando y les acompañaron hasta el soportal del moderno edificio donde se iba a celebrar la reunión y que alojaba el despacho de la canciller, Frau Mertzler, la kaiserin, como era conocida con sorna entre la prensa y en los ambientes coloquiales de toda Europa. Bajo

el arco de la puerta de entrada les esperaba el Jefe de la cancillería, Herr Albert Hallstein, quien fue saludando cortésmente y de manera individual a todos y cada uno de los integrantes de la comitiva. Luego les hizo pasar hasta el fondo de un distribuidor enmoquetado y un ujier abrió una de las dos puertas de madera blanca de doble hoja que daban acceso a una gran sala de reuniones; allí, presidiendo una enorme mesa en forma de «U» y vestida con una chaqueta azul marino, se encontraba la canciller, entre miembros de su Gobierno y los primeros ministros del núcleo duro de la Unión Europea, también conocidos como UE6. Mertzler se puso en pie de manera inmediata al igual que el resto de asistentes, en señal de respeto a los recién llegados, mientras otro ujier indicaba los lugares donde debían sentarse los miembros de la delegación española. Una vez ubicados en su sitio, con semblante serio y dirigiéndose, en alemán, al rey de España dijo:

—Espero que hayan tenido un buen viaje.

—Gracias, aunque sin duda no ha sido de los mejores —espetó con energía y tratando de ocultar su humillación el rey, mientras se llevaba la mano derecha al botón de la chaqueta.

La kaiserin sonrió levemente, tomó asiento y todos los asistentes a la reunión imitaron su gesto, sentándose a la vez. Se regodeó en el sillón, como si estuviese incómoda, y echándose hacia atrás y apoyando los codos en ambos reposabrazos unió las manos y entrelazó los dedos:

—Estábamos comentando los resultados electorales en su país —continuó diciendo—. Como supondrán se hace necesario proceder con el plan previsto para este caso. Para eso estamos todos aquí. Europa no puede permitir que haya en España un Gobierno antisistema que en su campaña electoral llevara como promesa el impago de la deuda. Es por ello que se hace necesario actuar ya.

Mertzler miró entonces, con ánimo de ceder la palabra, a un viejo conocido del coronel, el general del Ejército de Tierra alemán, Herr Daniel Tecker. El general Tecker ostentaba, desde el año anterior, el

cargo de Inspector general de la Bundeswehr, o Ejército Federal, lo que le acreditaba como el soldado de más alto rango del ejército alemán. Tecker tenía sesenta y dos años y había sido nombrado comandante de la ISAF en Afganistán a finales de 2016 donde estuvo destinado hasta que, cuatro meses atrás, había sido designado en su puesto actual. Álvaro le conoció unos años antes en unas maniobras conjuntas de la OTAN donde Tecker ostentaba el grado de coronel y él de comandante. No le caía bien. El general era un militar de trato difícil y áspero, sobre todo con los militares de los demás países europeos, a los que trataba con cierta altivez y desprecio. El general, con un gesto cómplice hacia Mertzler, se puso en pie y comenzó una breve alocución.

—Señoras, señores; hace unos meses nos reunimos en Bruselas algunos de los aquí presentes para diseñar la operación Círculo Rojo. Imagino que a día de hoy todos ustedes saben de qué hablo y en qué consiste, por lo que no hará falta que vuelva a explicarla de nuevo. Nuestros servicios de inteligencia están preparados para ponerla en marcha de manera inmediata —hizo una breve pausa y, paseando la mirada entre los miembros de la delegación diplomática española, continuó—. Solo necesitamos su confirmación. —Una vez dicho esto se volvió a sentar.

El presidente del Gobierno de España en funciones, D. Carlos González, tomó la palabra:

—Nuestra delegación ha venido hablando de esto durante el viaje y por nuestra parte no hay ningún problema. España atraviesa un difícil momento y los españoles debemos actuar con sensatez y altura de miras. Apoyamos el inicio de la operación y le confirmamos la disponibilidad de nuestras fuerzas armadas. La historia nos juzgará y sabrá valorar la conveniencia de las acciones que vamos a tomar. —Una vez dicho esto tomó asiento.

Fue el turno ahora del Jefe del Estado Mayor para la Defensa (JEMAD), D. José Luis Arizmendi, quien, levantándose también y muy escuetamente, dijo:

—Señores, en España todo está dispuesto para el inicio de la operación.

II

Eran las 00:30 horas del día 20 de marzo de 2021. Hacía apenas media hora que la delegación española y los miembros de las otras delegaciones habían abandonado el edificio donde se había celebrado el encuentro y Mertzler se había trasladado a su despacho con un escueto grupo de colaboradores. En ese momento el ambiente era distendido tras la reunión. El Vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores, Heinrich Müller, de pie, con un vaso de whisky en la mano, hablaba con el Jefe de la cancillería, Albert Hallstein, sobre la falta de ambición de la delegación española de la que, según decían, esperaban quizá algo más de resistencia para poner en marcha la operación. En ese momento intervino la canciller:

—No tenemos que olvidarnos, Heinrich, que todo esto obedece a una estrategia fraguada durante once años. —La canciller estaba sentada en una butaca frente a la chimenea encendida. La miraba con aire distraído mientras sostenía en su mano derecha un vaso con bebida isotónica—. Recuerdo perfectamente aquel almuerzo con Wolfram Schäfer en febrero de 2010. Schäfer me llamó para decirme que iba a adelantarnos los datos macroeconómicos que el Ministerio de Hacienda, que entonces dirigía, había obtenido en sus previsiones hasta el 2013 y quedamos para almorzar en su despacho. En la sobremesa hablamos de la deuda de Grecia, que ya había empezado a preocuparnos debido a que no obtenía financiación en los mercados, y de que posiblemente hubiera más países en Europa a los que les podría ocurrir lo mismo. Estuvimos divagando sobre las consecuencias de esta falta de financiación en sus economías y de cómo podría afectarle a Alemania. Mientras nuestras previsiones para los tres próximos años eran de un crecimiento superior al dos por ciento de media y una reducción progresiva del déficit público hasta el tres por

ciento, estos países amenazaban esas previsiones con impagos de la deuda en manos de nuestros bancos a causa de sus déficits disparados, algo intolerable. Fue entonces cuando vimos que era necesario actuar. Unas semanas después nos enteramos de que el Gobierno griego había ocultado durante años el verdadero valor de la deuda.

Mertzler dejó de mirar el fuego, se echó para atrás en la butaca y, dando un sorbo a su bebida, se giró hacia el resto de su equipo para continuar:

—A finales de marzo el Gobierno griego nos dijo que necesitaba un préstamo urgente para poder atender el pago de los salarios, pensiones y los intereses de la deuda con vencimientos en el mes de mayo. Nos reunimos en la sede del Bundesbank, la entonces Canciller, el presidente de la institución Arend Weisbeck, Schäfer, el antiguo Vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores, Gustav Wesener y yo. Hablamos de la situación de Europa y fue Schäfer quien, haciendo honor a su fama de excelente estratega, dijo: «Creo que no debéis preocuparos tanto. ¡Quizá esta sea la oportunidad que venimos buscando desde el III Reich!». Nos quedamos atónitos. Schäfer prosiguió diciendo que teníamos la excusa perfecta para hacer bailar a Europa al son de nuestra música. «¿Cómo pretendes hacerlo?», pregunté yo, algo incrédula. «Es muy fácil, Adell —me contestó—, ¡si hacemos que la financiación de estos países dependa de nosotros, los tendremos sometidos a nuestra voluntad!». Aún estaba digiriendo las palabras de Schäfer cuando intervino Weisbeck para decir —la canciller cambió el timbre de su voz, para imitar con sorna el tono grave y masculino de Arend—: «Desde mi posición como presidente del Bundesbank os puedo decir que no puedo estar más de acuerdo con la aseveración de Schäfer, hoy en día quien maneja la deuda, maneja el mundo, pero ser deudor dentro del Euro es estar en manos del BCE y por lo tanto del Bundesbank».

Todos los miembros de su equipo rieron al mismo tiempo. Mertzler esperó a que se hiciera de nuevo el silencio para continuar:

—Yo estaba sorprendida y a la vez emocionada porque tras la aseveración de Schäfer lo había visto claro, había visto cómo se abría una estrategia que podría hacer que Alemania recuperase todo su esplendor. En muchas ocasiones durante esos años de la crisis había hablado con los ministros y secretarios de estado de cómo sería el contexto geopolítico en el año 2030 y todos coincidían en que el principal problema lo encontrábamos en la falta de objetivos claros para Europa. Nuestros competidores tenían claro lo que querían: Estados Unidos, conservar su hegemonía como primera potencia mundial; China, convertirse en el país con mayor nivel de riqueza en PIB del mundo a través de las exportaciones y de una incipiente clase media que crecería año tras año; Rusia, recuperar su influencia sobre las antiguas repúblicas soviéticas... ¿Y Europa qué? Sin unas ideas ni objetivos claros navegaríamos como barcos sin rumbo, a merced de las corrientes y es muy posible que perdiésemos definitivamente nuestro tren para convertirnos en la superpotencia que siempre soñamos.

La kaiserin estaba excitada, los ojos le brillaban mientras su equipo no se perdía ni una palabra de lo que decía.

—Entonces —prosiguió—, decidimos crear un grupo de trabajo en el que participasen nuestras fuerzas armadas y los servicios de inteligencia. Advertimos que de entre todos los países la oportunidad que se nos presentaba a través de España era inmensa, mucho más que la de cualquier otra nación de Europa, ya que bien gestionada, la sumisión de este país y la cesión paulatina de su soberanía nos haría dueños no solo de sus empresas, sino de su cultura, y por añadidura nos situaría en una posición de privilegio para dar el salto y convertirnos en los primeros socios de Latinoamérica. Hablábamos de convertirnos en los mayores exportadores hacia unas economías emergentes, las latinoamericanas, con seiscientos millones de habitantes, ¡un mercado mayor que el de la propia Unión Europea!, caracterizadas en su mayoría por presentar una deuda y unos déficits muy bajos y donde una clase media estaba floreciendo y accediendo

por primera vez al consumo. Hablábamos de un inmenso mercado para nuestras industrias, un nuevo filón donde seguir vendiendo coches, lavadoras, televisores y bienes de equipo, ahora que no podíamos seguir vendiendo a los periféricos de Europa por su alto endeudamiento.

Hizo una breve pausa, dio un sorbo a la bebida y continuó:

—Entonces nos planteamos dos objetivos: uno, recuperar todo el dinero prestado a los periféricos. No podíamos permitirnos un *default* o impago de la deuda ya que necesitábamos cobrar todo lo que se nos debía para llevar a cabo nuestro plan. Dos, quedarnos con sus empresas y mercados más interesantes. ¿Cómo? No dejándolos crecer. Para ello trazamos una estrategia de acoso y derribo de su deuda. Asfixiaríamos sus economías plegándolos a nuestros intereses.

—Y a raíz de ahí fue cuando trazamos la Alianza de la UE6 —intervino, con un hilo de voz, la becaria Marie Von Kirchner.

La canciller la miró con un gesto de aprobación, le gustaba esa chica, le sonrió y continuó diciendo:

—Efectivamente así fue. Vimos que para llevar esta estrategia hacia el éxito necesitábamos aliados y comenzamos a explorar a aquellos países del euro con las economías más saneadas. Países todos ellos pequeños que no amenazaban nuestro liderazgo, pero que nos podían servir para hacernos el juego. Tras un trabajo diplomático frenético y a la vez impecable, todo hay que decirlo, el 14 de diciembre de 2010 nos reunimos en Estrasburgo, aprovechando uno de los plenos de la Eurocámara para no despertar sospechas, miembros de los Gobiernos de Alemania, Finlandia, Holanda, Austria, Bélgica y Luxemburgo y convenimos trabajar en pro de la Alianza de la UE6. Lo sucedido desde entonces hasta el día de hoy ya lo conocen y, como saben, obedece a una clara estrategia. Si hoy el cuerpo diplomático español se ha allanado es porque no le quedaba otra salida. —La canciller se echó para atrás en su asiento, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y entrelazó los dedos de ambas manos sobre su pecho antes de decir—: Me quedaría con vosotros hablando de esto

durante toda la noche, pero es tarde y mañana nos espera un largo día de trabajo.

III

La embajada de España estaba a poco más de cinco minutos en coche de la cancillería, al otro lado del histórico parque de Tiergarten. Esa noche la delegación diplomática española iba a pernoctar allí. Al coronel Soria, el camino en coche desde la cancillería, a pesar de lo cercano, se le hizo eterno. Desde que accedieron al monovolumen hasta que se bajaron en la puerta de la embajada nadie abrió la boca, el ambiente era de humillación y derrota y, para colmo, la lluvia caía aún con más fuerza. El coronel se sintió deprimido y con una extraña sensación de ansiedad en el pecho que le subió hasta la garganta; pensó que estaba traicionando a su país y a todo aquello que había jurado defender desde que entrara en la academia militar con apenas dieciocho años. Observó con discreción las caras de los demás, caras largas y circunspectas: «Nadie tiene nada que objetar, estamos vendiendo el futuro de nuestro país y nadie hace nada», se dijo desanimado.

IV

Después de unos breves minutos de descanso, que el coronel aprovechó para asearse y ponerse cómodo, los miembros de la delegación fueron bajando hasta el salón privado donde el embajador les iba a servir un bufet frío antes de irse a dormir.

El salón de la embajada era amplio y con forma rectangular, bien decorado, con elementos sencillos en tonos claros pero elegantes. El acceso se hacía desde un distribuidor a través de una puerta de madera de haya, barnizada en blanco, de doble hoja. Dos amplios sofás de piel se enfrentaban el uno al otro y entre ellos una mesa baja de madera acristalada. Al fondo, la chimenea sobre la que colgaba un

cuadro, réplica de Tiziano, que retrataba al emperador Carlos V con un perro. En la parte contraria unos amplios ventanales con cortinas desde donde se veían las luces del parque. El salón estaba situado en el segundo piso, junto con las oficinas del embajador y del personal más relevante a su servicio. En las dos plantas inferiores estaban la recepción y las oficinas administrativas y, en la superior, el domicilio privado del embajador y un ala habilitada como dormitorio para los invitados donde se hospedarían los miembros de la delegación aquella noche.

Nada más abrir la puerta, el coronel vio al jefe de la misión diplomática, don Enrique Sáez de la Casa, sentado en uno de los sofás mientras departía, con gesto adusto, con Antonio Lamata, el ministro de Exteriores, que desde el sofá de enfrente se inclinaba hacia él apoyando las manos sobre la mesa. Al advertir su entrada en la sala ambos lo miraron y guardaron silencio. Un instante después el embajador, forzando una sonrisa, se puso en pie y haciendo gala de su conocida hospitalidad, le preguntó:

—¿Una cerveza, coronel?

—Prefiero que sea sin alcohol, don Enrique, por favor —respondió Álvaro.

—Claro, no hay ningún problema— le dijo aún sonriéndole mientras le miraba a los ojos, y acto seguido se dirigió hacia un pequeño refrigerador que el personal de servicio había situado tras los sofás, junto a un carrito de acero inoxidable, donde además habían dispuesto un amplio surtido de chacinas y canapés.

—Le comentaba al señor ministro que he ordenado preparar una cena fría junto con las bebidas y le he pedido a la camarera que aguarde en la cocina para poder tener un poco más de intimidad. Así que no hace falta que les diga que están ustedes en su casa —les indicó don Enrique, mientras le servía la cerveza en un vaso helado.

En ese momento entraron en el salón el rey de España y el presidente del Gobierno, don Carlos González. Ambos iban seguidos por el ministro de Defensa, don Adolfo Castero, y el jefe directo de

Álvaro y JEMAD, el general don José Luis Arizmendi. El embajador, al percatarse de su presencia, le entregó la cerveza al coronel y se volvió a recibir al grupo mientras les acompañaba hasta el refrigerador donde cada uno fue eligiendo una bebida antes de servírsela.

Mientras tanto, aprovechando el pequeño momento de intimidad que se les había ofrecido, el ministro de Exteriores se acercó a Álvaro y, de manera discreta, le preguntó:

—¿Cómo lo ves?

—Jodido, Antonio.

—¿Muy jodido? —le preguntó de nuevo el ministro.

—Lo suficiente como para estar preocupado. Ten en cuenta que no sabemos cómo va a reaccionar el pueblo. Estamos hablando de un atentado contra la democracia, o lo que es lo mismo: de un golpe de Estado.

En ese momento el rey, que se había situado de espalda a ellos y estaba con una oreja en la conversación, se giró e intervino dirigiéndose al coronel:

—Querido Álvaro, entiendo tus preocupaciones pero, como ya hemos hablado en varias ocasiones, es lo mejor para el país.

El coronel miró al rey y, tras asentir con un leve movimiento de cabeza, bisbiseó un sumiso:

—Sí, señor.

—Anímate —le insistió el rey—. Piensa que en España hay mucha gente de bien que no quiere que su país se convierta en un estado golfo y le echen de la Unión Europea. España desde siempre ha sido un país serio y responsable, que ha sabido estar a la altura de las circunstancias. Y en esta ocasión no va a ser menos.

El rey se sentó en uno de los sofás e inmediatamente se sentaron el resto de personalidades.

—¿Cuántos escaños ha obtenido finalmente la coalición? —preguntó.

Cuando hablaban de la coalición se referían a la coalición de partidos políticos, la mayoría de ellos de izquierdas, que se habían pre-

sentado a las elecciones bajo el sugerente nombre de Cambiemos. Entre sus integrantes estaban algunos históricos minoritarios como Izquierda Unida, el Partido Comunista Español e Izquierda Republicana, algunos nacionalistas como las CUP o Resistencia Galega y otros, los más fuertes, nacidos al calor del descontento de los últimos años, como Podemos y Socialismo del Progreso, este último formado por exmilitantes y antiguos dirigentes del PSOE de su ala situada más a la izquierda, muy críticos con la casta dirigente, que se habían dado de baja desencantados con el rumbo tomado por este partido desde que se inició la crisis.

—Ciento setenta y ocho —contestó el ministro de Defensa con ánimo circunspecto—. Carmelita debe de estar muy contenta.

Carmelita era como se conocía coloquialmente a Carmela Díaz Prada, la jefa de la coalición y candidata a la presidencia del Gobierno. Carmela era una vieja conocida de Adolfo y de la mayoría de los presentes, ya que fue diputada del PSOE en la última legislatura y ministra de justicia durante los dos meses que duró en el cargo, desde su nombramiento tras las elecciones de noviembre de 2019 hasta su dimisión junto con otros doce diputados de su partido. Fue la primera crisis seria del Gobierno de Carlos González. Carmela, junto con diez de esos doce compañeros de grupo, fundó Socialismo del Progreso (SP) que se presentó a las elecciones dentro de la Coalición Cambiemos, siendo ella cabeza de lista del partido por Sevilla, su tierra natal.

Al parecer, Cambiemos ha arrasado en Andalucía, Aragón, Extremadura y Castilla la Mancha y han sido los más votados en el resto de comunidades excepto en Madrid, el País Vasco y Galicia —continuó diciendo Adolfo.

Adolfo Castero y Carmela se conocieron en Sevilla mientras estudiaban la carrera de Derecho en aquel año mágico de 1992. Ambos eran buenos estudiantes y los dos se licenciaron a los cinco años de comenzar los estudios. Luego Adolfo se preparó las oposiciones a notario durante nueve años hasta que finalmente las aprobó en 2006.

En 2007 le dieron plaza en un pueblo de Huelva. Y fue abrir la notaría y comenzar la crisis. Su mundo se vino abajo. Se vio empeñado hasta las cejas; todo por la notaría que tuvo que montar y que con la caída del negocio de escrituras, pólizas y demás contratos no pudo levantar. En el 2011 definitivamente tiró la toalla y se decidió a hacer carrera en la política donde pensó que podía ver colmadas sus ambiciones de poder y riqueza, y ciertamente no se equivocó. Tras unos primeros años en la política local y regional, le llegó su gran oportunidad de la mano de su íntimo amigo y mentor Javier Hernández Lastra, cuando este fue nombrado jefe de estrategia del PSOE para la campaña de las elecciones de 2019 y que llevó a la presidencia del Gobierno a Carlos González Moltó.

—Carmelita ha superado sus propias expectativas, no se lo debe de estar creyendo ni ella —dijo el presidente en tono despectivo.

—La gente estaba muy quemada —opinó, lamentándose, el ministro de Exteriores—. Son catorce años de crisis, apenas interrumpidos por dos o tres de crecimiento y ni el Partido Popular ni nosotros hemos sabido darle la vuelta a la situación. Año tras año le decíamos a la gente que tuviera paciencia, que, si no este, el próximo cambiaría la situación y crearíamos empleo. ¿Pero la gente qué ha obtenido en este tiempo? Aparte de subirles los impuestos: recortes, recortes y más recortes. Vagas promesas de que no se iban a tocar las pensiones, ni los salarios, que no se iban a abaratar más los despidos, que íbamos a empezar a crear puestos de trabajo. Les hemos pedido grandes sacrificios con la promesa de que las cosas iban a cambiar, promesas que luego se veían desmentidas una y otra vez. ¿Y nosotros dónde estábamos mientras? —preguntó.

—¡Rascándonos la barriga! —contestó el ministro de Defensa con ironía.

—¡Venga, Lamata, déjate de rollos y lamentaciones, que ya sabemos lo que hay! —continuó diciendo—. A ver si ahora nos vamos a pasar de sentimentales y vamos todos los políticos a prendernos a lo Bonzo en la puerta del Congreso. Aquí cada uno ha hecho lo que ha

podido, unos más, otros menos. Lo que está claro es que a estas alturas no nos vamos a martirizar ni a tirar piedras encima, ¿no?

Durante un instante se hizo el silencio. Las caras circunspectas reflejaban la tensión y el desánimo de todos los presentes. Entonces el rey, muy oportuno, se levantó.

—¿Un güisqui?

El embajador lo acompañó hasta un mueble bar situado en una de las paredes y le mostró una amplia selección de bebidas espirituosas; este eligió un Balblair 1989 que se sirvió él mismo en una finísima copa de Riedel.

—¿A alguien más le apetece una copa? —preguntó el embajador.

El presidente del Gobierno y el ministro de Defensa se levantaron y acudieron hasta el mueble bar donde se sirvieron sus bebidas.

—Lo que está claro —dijo el rey— es que ahora nos toca trabajar con Alemania para reconducir la situación. La operación Círculo Rojo debe garantizar la seguridad del Estado. Las primeras semanas serán difíciles, pero el Gobierno de concentración con el apoyo de nuestros socios europeos harán que poco a poco aumente nuestra credibilidad en los mercados. De esta manera, a la vuelta de un par de años y una vez se hayan puesto en marcha los planes de estabilización e inversión que nos ha pro-me-ti-do la UE6 —el monarca hizo especial hincapié en esta palabra—, podremos volver a convocar elecciones.

El coronel quería creer las palabras de Su Majestad, pero sabía, al igual que él, que no iba a ser nada fácil, y sobre todo que no había que fiarse de las promesas de los alemanes ya que desde que se inició la crisis de deuda siempre habían dado una de cal y una de arena. ¿Por qué iba a ser diferente ahora? Él sospechaba que todo esto obedecía a un plan gestado por Mertzler y su equipo muchos años atrás para someter a los periféricos, y así se lo había transmitido en varias ocasiones a personas de confianza de la fuerzas armadas y al propio JEMAD, que le había dicho, siempre tan pulcro, que podía ser, pero que no era misión de los militares discernir sobre ello, y mucho

menos tomar decisiones, sino de los políticos y especialmente de aquellos que estaban en el ejercicio de su cargo.

V

Richard Lewit, embajador de los Estados Unidos de América en España, cogió su móvil y apresuradamente llamó al secretario de estado de su país, John Wilson. Eran cerca de las dos de la madrugada. La mismísima vicepresidenta del Gobierno español, Laura Fernández, había acudido hasta su casa para informarle de lo decidido y para tratar de adivinar cuál sería la postura que adoptaría su país ante los acontecimientos que estaban a punto de suceder.

—¿John? —preguntó.

—Sí, ¿qué tal? —respondió con premura su interlocutor al otro lado del auricular.

—Nuestra visita se acaba de ir ahora mismo.

—¿Y bien?

—A las dos y media pondrán en marcha la operación. Todo según lo previsto.

—Tendremos que felicitar a nuestros servicios secretos —resolvió John.

—Tan solo una pequeña apreciación —apuntó Richard—, han estado sopesándolo, pero en principio no se cortará Internet aunque se va a hablar con los proveedores de servicios por si llegara el caso de que tuvieran que desconfigurar sus routers.

—Es lo mejor, cortar Internet solo serviría para crear una mayor sensación de inseguridad y confusión entre la población cuyas libertades verían profundamente agredidas —respondió, mostrándose tranquilo, el secretario de estado.

—Sí, estoy contigo —dijo el embajador—, es meterse en problemas ya que el pueblo lo vería como una provocación, lo que interesa es que todo parezca lo más normal posible.

—Y como ya se ha demostrado en ocasiones anteriores tampoco es efectivo, los activistas siempre encuentran otras tecnologías para comunicarse —apuntó su interlocutor.

—¿Sabes si me llamará a consultas el señor presidente? —preguntó el embajador.

—En principio no. Vamos a ver primero qué hacen Rusia y China, pero esto es un problema de la Unión Europea y no queremos intervenir en su toma de decisiones, habrá que estar vigilantes y especialmente atentos a los nuevos movimientos que se pudieran dar.

—De acuerdo. De todos modos mañana a primera hora tendrás un informe con lo acontecido durante la noche, como te comenté voy a poner a trabajar a varios funcionarios para que hagan un seguimiento continuo de la situación.

—Muy bien, pues hasta mañana entonces.

—Adiós John, buenas noches —dijo Richard antes de colgar.

VI

Cuando Raúl se despertó estuvo un largo rato mirando a Celia mientras esta dormía. Respiraba suave y rítmicamente, parecía feliz. Tenía el cabello largo y liso, de color castaño tirando a rubio. Con infinito cuidado, Raúl le apartó un mechón del flequillo que se le había alborotado en la cara tapándole el ojo izquierdo; Celia no se inmutó. Sin dejar de observarla se incorporó apoyándose en su brazo y permaneció inmóvil durante varios minutos junto a ella. Le miró los pechos, estos eran pequeños, pero turgentes, y muy bien formados. Acercó su mano y comenzó a jugar con uno de los pezones que no tardó en erguirse y endurecerse en actitud desafiante. Raúl se excitó. Habían pasado toda la noche haciendo el amor después de celebrar la victoria de Cambiemos. El día anterior Celia había ejercido de interventora de la coalición en un colegio electoral del distrito de Carabanchel, donde vivía en un pequeño piso que compartía con una compañera. Raúl, junto con unos amigos, la recogieron allí cerca

de las once de la noche y se fueron a celebrarlo a la sede de Podemos en la Calle del Olimpo en el distrito de Hortaleza. Hacía tiempo que a Raúl le gustaba Celia. La había conocido un año antes, en un acto organizado por la Asamblea Popular de Madrid a la que había acudido acompañando a su amigo Rubén. La novia de Rubén y Celia compartían inquietudes sociales y políticas y ese día ambas iban a intervenir en la asamblea para debatir las acciones a tomar en protesta por las nuevas subidas de tarifas del transporte público, las terceras en menos de un año. Para Raúl fue un auténtico flechazo. Le cautivaron su energía, su pasión y, sobre todo, el azul intenso de su mirada. A la finalización de aquel acto, Raúl le pidió a Sonia, la novia de su amigo, que se la presentase y se marcharon los cuatro de copas por La Latina. Hicieron buenas migas, aunque no se llegaron a enrollar aquella noche. Luego coincidieron algunas veces más, siempre con la complicidad de Sonia y de Rubén. Así hasta ayer.

Celia suspiró y abrió lentamente los ojos. Miró a Raúl y luego a su pezón, que parecía divertido respondiendo a las caricias de su mano, sonrió y abrazó a Raúl por el cuello atrayéndolo hacia ella, lo besó introduciendo la lengua en su boca y volvieron a hacer el amor como si el mundo fuera a acabarse a la mañana siguiente.

A las siete sonó la alarma del móvil de Raúl. Se tomó su tiempo para desperezarse, algo que logró haciendo un ímprobo esfuerzo. Aunque no se había llegado a dormir de nuevo, sí se había quedado, aletargado, enroscado entre los brazos y las piernas de Celia, que volvía a dormir plácidamente. Con sumo cuidado se levantó de la cama, notó que aún estaba un poco embriagado por los excesos y las copas de la noche anterior, y se metió raudo en la ducha. Se vistió, cogió su bicicleta y se despidió de su amante besándola en los labios.

Raúl vivía en un piso de dos dormitorios propiedad de su madre en la Calle Rodríguez San Pedro, en el barrio de Arapiles, distrito de Chamberí. Su madre, economista de profesión, llevaba varios años en Sudamérica trabajando para una gran ingeniería alemana del sector energético. Había tenido que emigrar, como tantos españoles, cuando

quebró la empresa de viajes donde había trabajado durante veinticinco años. No obstante su relación era buena y, aunque se veían pocas veces a lo largo del año, solían hablar al menos una vez a la semana a través del Skype. Se montó en su bicicleta y pedaleó en dirección a la Calle Fuencarral por donde bajó en dirección a la Gran Vía. Observó que prácticamente no había tráfico en las calles, algo que le inquietó, pero enseguida se convenció de que posiblemente fuera lo «normal» al día siguiente de unas elecciones generales, ya que no recordaba cuál era el comportamiento habitual de la ciudad tras un acontecimiento como este. Al llegar a la Gran Vía vio las luces de varios coches de policía que la mantenían cortada en ambos sentidos, no obstante él la cruzó y se metió por la calle de la Montera por donde siguió hasta la Puerta del Sol. Desde hacía tres meses, todos los días excepto los jueves, hacía el mismo recorrido para llegar al hostel situado en el número diecisiete de la Carrera de San Jerónimo donde trabajaba como recepcionista. En la Puerta del Sol, vio multitud de policías y pensó que habría alguna protesta o manifestación, algo a lo que estaban acostumbrados en el centro de Madrid, aunque lo que realmente le llamó la atención fue la presencia de militares y de varias tanquetas del ejército, dos de ellas apostadas en la desembocadura con la Carrera de San Jerónimo. Frenó su ritmo y se aproximó lentamente. Cuando aún no estaba ni a veinte metros, uno de los militares levantó la mano dándole el alto. Raúl se echó hacia delante del sillín y se detuvo de inmediato.

—¡Voy al hostel Iberia! —gritó Raúl.

—¡No se puede pasar! —le respondió el militar al mando.

Raúl se aproximó un poco más, andando, con la bicicleta entre las piernas. Los cuatro soldados que acompañaban al mando, y que cubrían la entrada de la calle, cambiaron su posición más o menos relajada por otra de alerta en la cual agarraron el fusil con ambas manos y lo apretaron contra su pecho. Raúl se asustó y se detuvo de inmediato.

—¡Tengo que estar allí antes de las ocho! —le dijo—. ¡Trabajo allí!, ¡soy el recepcionista!

—¡Hoy no se trabaja!, ¡váyase a casa! —le respondió el militar con autoridad.

Raúl se dio media vuelta y se volvió a montar en la bicicleta. Un oficial que había contemplado la escena se le acercó desde las inmediaciones de la Casa de Correos, sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid, y le dijo:

—Haznos caso, chaval, el Gobierno ha decretado el estado de excepción. Es peligroso estar en la calle.

Raúl asintió con la cabeza y solo acertó a musitar un tímido «gracias» antes de marcharse de nuevo por la calle de la Montera a toda velocidad.

Cuando llegó a su casa eran poco más de las ocho. Abrió la puerta, dejó la llave sobre la mesita de la entrada y, jadeando y andando con la bicicleta como si fuera una parte más de su propio cuerpo, se dirigió a su habitación; giró la manecilla, y de pronto su mundo se recompuso de nuevo al ver que Celia seguía tumbada en la cama. Esta se dio media vuelta entre las sábanas.

—¿Qué pasa? —preguntó medio dormida, con voz ronca.

—No me han dejado llegar al trabajo —se apresuró a decir Raúl visiblemente nervioso.

—¿Quién?

—Unos militares me han parado en la Puerta del Sol y me han dicho que me vuelva a casa, que estamos en estado de excepción.

—¿Cómo? —preguntó Celia incrédula mientras se incorporaba de un salto.

—Lo que te digo, Celia, voy a encender el ordenador a ver si me entero de algo.

Raúl salió al salón y conectó su portátil, que estaba sobre la mesa de centro, frente al sofá. Celia se lió en una sábana y se puso a dar vueltas apresuradamente buscando su bolso. Lo encontró sobre la mesa del comedor, se sentó a su lado y se puso a rebuscar en su interior. De pronto sacó su móvil.

—¡Seiscientos cincuenta y siete mensajes y treinta y una llamadas perdidas! —exclamó.